

DE LA PSICOLOGÍA DE LAS MASAS AL ODIO Y LA SEGREGACIÓN

Daniel Gerber¹

RESUMEN

Psicología de las masas y análisis del yo es un texto fundamental para apreciar de qué manera la exclusión es constitutiva del lazo social, de tal modo que el odio, la segregación, el rechazo del Otro, son componentes inevitables de las sociedades.

Palabras clave: El yo, la masa, el lazo social, el odio, la segregación.

La masa, el lazo social y la segregación

Para realizar su análisis del fenómeno de masas, Freud parte de las elaboraciones de los teóricos que se habían ocupado de tratarlo, particularmente Le Bon y Mc Dougall, quienes sostuvieron que el llamado *cambio anímico* que el individuo experimenta al formar parte de una formación de ese tipo -incremento de la afectividad y disminución del rendimiento intelectual- es efecto de la sugestión recíproca y la influencia del conductor.

Freud considera insuficiente esta explicación porque la sugestión es solamente un epifenómeno que puede percibirse empíricamente y que debe a su vez ser explicado como efecto de la existencia de un lazo libidinal entre los individuos, así como entre estos y el conductor. La sugestión está presente en el método hipnótico -suelo de origen del psicoanálisis- donde es el resorte fundamental que permite entender su relativa eficacia y también en la formación de masa como resorte fundamental que permite el establecimiento y conservación de los lazos entre los sujetos.

Introduce entonces Freud el concepto de libido, postulada como “la energía, considerada en su magnitud cuantitativa [...] de aquellas pulsiones que tienen que ver con todo lo que puede sintetizarse como ‘amor’”². Por esto, “vínculos de amor (o, expresado de manera más neutra, lazos sentimentales) constituyen también la esencia del alma de las masas”³.

Para sustentar esta tesis, Freud tomará como modelo lo que llama “dos masas artificiales: iglesia y ejército”, que pueden ser tomadas como paradigma del grupo social en general en tanto muestran con gran claridad la doble ligazón libidinosa de sus integrantes: con el conductor y con los otros individuos de la masa. Así, “la esencia de una masa consistiría en las ligazones libidinosas existentes en ella”⁴, y su eventual disgregación se derivará de la ruptura de esos lazos.

¹ Psicoanalista y Autor. Miembro fundador de la extinta Red Analítica Lacaniana. Docente Universitario (UNAM), y de postgrado en diversas Universidades de México y Centroamérica. Correo electrónico: danielgerber@prodigy.net.mx.

² S. Freud: *Psicología de las masas y análisis del yo*. En Obras completas, Tomo XVIII. Amorrortu, Buenos Aires, 1978, p. 86.

³ *Ibid.*, p. 87.

⁴ *Ibid.*, p. 91.

Es pues Eros, el amor, el poder “que lo cohesionan todo en el mundo”⁵, aquello que mantiene la cohesión del grupo social uniendo a los individuos entre sí a partir del lazo que todos ellos mantienen con el conductor que “ama por igual a todos”⁶. Este último no tiene que ser necesariamente una persona; puede ser “una idea [...], una tendencia compartida, un deseo, del que una multitud pudiera participar”⁷ o también algo más, cuya posibilidad cohesionadora puede considerarse de enorme eficacia a la luz de la historia de la humanidad: “el odio a determinada persona o institución podría producir igual efecto unitivo y generar parecidas ligazones afectivas que la dependencia positiva”⁸.

Freud destaca así la importancia de la función del odio como pasión para unir a los individuos cuando encuentran a quién o quiénes dirigirlo. Importancia derivada de la inevitable presencia de hostilidad en todo lazo social, presencia que implica una amenaza para mantener la cohesión. Para dar cuenta de esto debe considerarse “el modo en que los seres humanos en general se comportan afectivamente entre sí”⁹, magistralmente ilustrado por la parábola de Schopenhauer sobre los puercoespines que se congelaban, citada en el texto, que permite llegar a la conclusión de que, entre los seres humanos, “ninguno soporta una aproximación demasiado íntima de los otros”¹⁰. Por esto, “casi toda relación afectiva íntima y prolongada entre dos personas -matrimonio, amistad, relaciones entre padres e hijos- contiene un sedimento de sentimientos de desautorización y de hostilidad que sólo en virtud de la represión no es percibido”¹¹. La causa de esto es, para Freud, el narcisismo:

“En las aversiones y repulsas a extraños con quienes se tiene trato podemos discernir la expresión de un amor de sí, de un narcisismo, que aspira a su autoconservación y se comporta como si toda divergencia respecto de sus plasmaciones individuales implicase una crítica a ellas y una exhortación a remodelarlas. No sabemos por qué habría de tenerse tan gran sensibilidad frente a estas particularidades de la diferenciación; pero es innegable que en estas conductas de los seres humanos se da a conocer una predisposición al odio, una agresividad cuyo origen es desconocido y que se querría atribuir a un carácter elemental”¹².

En la relación con el otro la hostilidad no puede faltar. Pero este otro se caracteriza por su marcada semejanza. “Narcisismo de las pequeñas diferencias”, denomina Freud al motivo de esa intolerancia. Cuatro años antes lo había introducido en *El tabú de la virginidad*:

“Con expresiones que difieren poco de la terminología empleada por el psicoanálisis, Crawley señala que cada individuo se separa de los demás mediante un ‘*taboo of personal isolation*’ (‘tabú de aislamiento personal’), y que justamente en sus pequeñas diferencias, no obstante su semejanza en todo el resto, se fundamentan los sentimientos de ajenidad y hostilidad entre ellos”¹³.

Para Freud la razón de esa intensa sensibilidad frente a esas “particularidades de la diferenciación” es un enigma. Se ha intentado explicarlo con el difundido cliché que se expresa como “intolerancia a la diferencia o al diferente”. Es cierto que este fenómeno puede constatarse, pero sólo aborda el fenómeno desde la dimensión de lo consciente de los sujetos, lo que exige tomar en cuenta lo inconsciente en juego ahí, con más razón si

⁵ S. Freud: *Psicología de las masas y análisis del yo*. En Obras completas, Tomo XVIII. Amorrortu, Buenos Aires, 1978, p. 88.

⁶ *Ibid.*, p. 90.

⁷ *Ibid.*, p. 95.

⁸ *Ibid.*, p. 95.

⁹ *Ibid.*, p. 96.

¹⁰ *Ibid.*, p. 96.

¹¹ *Ibid.*, p. 96.

¹² *Ibid.*, p. 97.

¹³ Cf. S. Freud: *El tabú de la virginidad (Contribuciones a la psicología del amor, III)*. En Obras completas, Tomo XI. Amorrortu, Buenos Aires, 1979, p.195.

se toma en cuenta que “es innegable que en estas conductas de los seres humanos se da a conocer una predisposición al odio, una agresividad *cuyo origen es desconocido y que se querría atribuir a un carácter elemental*”¹⁴.

¿Cuál es ese origen y a qué se refiere ese “carácter elemental”? Para responder a esta pregunta es necesario tomar en cuenta la observación que viene inmediatamente después:

“toda esta intolerancia desaparece, de manera temporaria o duradera, por la formación de masa y en la masa. Mientras esta perdura o en la extensión que abarca, los individuos se comportan como si fueran homogéneos; toleran la especificidad del otro, se consideran como su igual y no sienten repulsión alguna hacia él. De acuerdo con nuestros puntos de vista teóricos, una restricción así del narcisismo sólo puede ser producida por este factor: una ligazón libidinosa con otras personas. El amor por sí mismo no encuentra más barrera que el amor por lo ajeno, el amor por objetos”¹⁵.

Y va a concluir: “la esencia de la formación de masa consiste en ligazones libidinosas recíprocas de nuevo tipo entre sus miembros”¹⁶.

Una masa, un grupo humano en general, tiene así algo de “religioso” si nos atenemos al sentido etimológico de este término que proviene de *re*, detrás, y *ligare*, ligar, atar”. Por esto, “una multitud de seres humanos no es una masa hasta que no se establecen en ella los mencionados lazos”¹⁷. Ahora bien, en el capítulo titulado *Dos masas artificiales: Iglesia y ejército*, Freud da a entender que la conformación de una masa supone la exclusión de Otro, es decir, de quienes no van a formar parte de ella. Tomando como ejemplo el cristianismo señala que:

“aun durante el Reinado de Cristo estaban fuera de este lazo quienes no pertenecía a la comunidad de creyentes, quienes no lo amaban y no eran amados por El; por eso, una religión, aunque se llame la religión del amor, no puede dejar de ser dura y sin amor hacia quienes no pertenecen a ella. En el fondo, cada religión es de amor por todos aquellos a quienes abraza, y está pronta a la crueldad y la intolerancia hacia quienes no son sus miembros”¹⁸.

La afirmación es clara: el lazo social se funda en la segregación. Freud va a retomar aquí el concepto de una estructura de exclusión, tesis central en su obra, cuya primera formulación puede encontrarse en *Pulsiones y destinos de pulsión*¹⁹. Con ella describe allí el proceso de constitución del yo, correlativo a la separación de un afuera y un adentro. Ahora lo aplicará para explicar el origen del grupo social, y en textos posteriores -como *La negación, El malestar en la cultura y Moisés y el monoteísmo*- ampliará y profundizará la elaboración de esta tesis.

Para ser más precisos, es en *Tótem y tabú*, donde echa las bases de este concepto, cuando para dar cuenta del origen de la ley y el orden social inventa el mito del asesinato del padre primordial. Allí se destaca que, después de asesinar al padre de la horda, los hijos ya no enfrentarían ningún obstáculo para acceder al goce de las mujeres del clan que ese padre acaparaba para sí, pero el horror del acto cometido tuvo como consecuencia extinguir el odio al padre y los hijos sintieron el resurgimiento del amor por ese padre privador, junto

¹⁴ S. Freud: *Psicología de las masas y análisis del yo*. Op. Cit., p. 97. Las cursivas son mías.

¹⁵ *Ibid.*, p. 97.

¹⁶ *Ibid.*, p. 98.

¹⁷ S. Freud: *Psicología de las masas y análisis del yo*. Op. Cit., p. 95.

¹⁸ *Ibid.*, p. 95.

¹⁹ Cf. S. Freud: *Pulsiones y destinos de pulsión*. En *Trabajos sobre metapsicología* 105. Obras Completas, Tomo XIV. Amorrortu, Buenos Aires, 1978, p. 105.

a la culpa por el acto cometido. Así, el amor y el remordimiento llevaron a la instauración de la ley, fundada en la renuncia colectiva al goce, cuya búsqueda había llevado al crimen. Prohibiéndose el goce al que sólo el padre tenía derecho se aseguraron de que nadie tomara su lugar: ante la ley todos serían iguales, todos bajo la misma férula.

El padre primordial, padre del goce no limitado por ninguna ley, es el paradigma de lo excluido para constituir el grupo de hermanos, la fraternidad que es el paradigma de la organización social. El sacrificio del padre, sacrificio del goce, es la condición para la constitución del grupo. La renuncia al goce y al poder absoluto funda el derecho y, con éste, la comunidad social. La ley nace del remordimiento de los hijos: ella no es la causa sino la consecuencia de ese goce “absoluto” representado por el padre, así como por su asesinato. Sin embargo, en tanto fundada en la represión del recuerdo del acto asesino, la ley no puede impedir el retorno de lo reprimido: reprimido del goce del acto criminal, fundamento de la instancia del superyó que Freud formulará en 1923, diez años después de *Tótem y tabú*. A la vez que esta instancia exige la represión de la pulsión incestuosa y del anhelo de muerte hacia el padre, toma las características del padre que goza y que, por esto mismo, impone el goce como un imperativo.

El padre primordial está así en el lugar de lo reprimido originario. En la sesión del 17 de diciembre de 1974 del seminario R.S.I., Lacan dice: “En lo simbólico algo está *Urverdrängt* (originariamente reprimido), algo a lo que jamás le damos sentido”, y agrega que esto reprimido es también el lugar de Dios (*ex-siste* a lo simbólico) al ser “la represión en persona [...], la persona supuesta represión [...] Dios no es otra cosa que aquello por lo cual, a partir del lenguaje, no podría establecerse relación entre sexuados”²⁰.

Esta estructura es la misma que Freud concibe para la génesis del yo en *Pulsiones y destinos de pulsión*: en un primer tiempo -mítico- hay un yo para el cual la realidad no posee una existencia sino indiferente, todavía no está constituida; tampoco puede hablarse todavía de una distinción entre afuera y adentro sino que un primer afuera se instituye por la expulsión de lo que en el yo es fuente de displacer; así, el yo se separa de eso para constituirse como yo-placer purificado en tanto el mundo exterior, identificado con lo que se rechazó, se confunde con lo detestable. Desde lo íntimo del yo, el núcleo de la realidad -vivido como malo y expulsado- queda fundado como exterioridad, alteridad.

En 1925 Freud elabora un razonamiento semejante en su hipótesis acerca del origen del juicio: los juicios de atribución y existencia, en este orden lógico, tendrían su modelo en el juego primario de las pulsiones. A la incorporación como meta de la pulsión oral -que es el modelo básico del funcionamiento pulsional- le corresponde la atribución del calificativo “bueno” a un objeto, y a la expulsión -meta de la pulsión anal- responde el atributo “malo”. La afirmación y la negación de la existencia, en un primer tiempo, son equivalentes a la aceptación y el rechazo: “El yo-placer originario quiere [...] introyectarse todo lo bueno, arrojar de sí todo lo malo. Al comienzo son para él idénticos lo malo, lo ajeno al yo, lo que se encuentra afuera”²¹.

Lo que puede denominarse *exterioridad* se forma por efecto de una primera expulsión (*Ausstossung*), primer rechazo sobre el que se edificará la realidad, que para constituirse requiere que a esa expulsión se agregue una *Bejahung*, afirmación, aceptación por parte del sujeto de eso excluido, que toma la forma de lo reprimido, de una integración simbólica. Lo simbólico se funda entonces sobre algo que excluye, en una anulación, una *Verwerfung* primera, correlativa de la represión originaria.

²⁰ J. Lacan: R.S.I. (1974-1975). Seminario inédito.

²¹ Cf. S. Freud: *La negación*. En *Obras completas*, Tomo XIX. Amorrortu, Buenos Aires, 1979, p. 249.

Este proceso que se describe en la constitución del yo puede hacerse extensivo a la formación del grupo social, donde será preciso que un objeto tome el lugar de lo segregado y que, siendo objeto de sacrificio, incluya también una dimensión expiatoria. El sacrificio es inherente a la instauración de la cultura y tiene una doble faz: una faz significativa -que implica la pérdida de un goce pleno por la existencia de la ley simbólica- y una faz real como imperativo de goce que retorna desde lo excluido de lo simbólico bajo la modalidad de un plus-de-gozar que se produce cada vez que aquél se ejecuta.

De esta manera, como Freud lo da a entender, las multitudes se cohesionan por la renuncia al goce exigida como tributo para obtener el amor del líder -que ocupa el lugar del ideal del yo de todos- a la vez que por compartir un objeto de goce común encarnado en aquél, aquélla o aquéllos que son reducidos a la categoría de desecho por la ejecución de sus prácticas de sacrificio, exclusión, segregación. La fraternidad se sostiene en dos pilares: la renuncia y la abyección.

El mito del asesinato del padre primordial ilustra la necesidad del sacrificio del goce (encarnado por el padre que posee a todas las mujeres del clan) como condición para la instauración de la ley simbólica a la vez que el retorno del goce en la forma de la reiterada exclusión de lo simbólico del objeto reducido a la condición de desecho por las prácticas de sacrificios. El sacrificio presenta entonces una doble cara: una cara significativa, que implica la pérdida de goce, la exigencia de la ley, y una cara real en tanto insiste y retorna en lo real lo excluido de lo simbólico. Por esto, el sacrificio es en sí mismo goce.

Psicología de las masas afirma entonces que las multitudes se cohesionan por una renuncia al goce exigida para obtener el amor del padre –“un jefe que ama por igual a todos”²²- y, por otro lado, por la obtención de un plus-de-gozar –una especie de “compensación” por el goce resignado- que encarna en aquello que excluyen y reducen a desecho a través de sus prácticas de sacrificio, segregación, racismo. Como dice Lacan:

“No conozco sino un solo origen de la fraternidad -digo humana, siempre el humus-, es la exclusión [...] todo lo que existe está fundado en la segregación, y, en primer lugar, la fraternidad”²³.

Si bien el ideal del yo compartido permite la identificación mutua de los sujetos en el yo, más allá de esta dimensión simbólica de la identificación que se da entre los sujetos por la existencia de un rasgo común con los demás, hay otra -más sólida, más silenciosa- con una forma específica de goce, de violencia, cuyo paradigma es el asesinato del padre primordial. Por esto, la contraparte del amor que liga a los sujetos en la masa es el odio, la intolerancia y la crueldad hacia quien o quienes sitúan fuera de ella, lo que se corrobora cuando afirma que:

“el conductor o la idea conductora podrían volverse también, digamos, negativos; el odio a determinada persona o institución podría producir igual efecto unitivo y generar parecidas ligazones afectivas que la dependencia positiva”²⁴.

El odio, el goce del Otro y la actualidad

Hay un componente de violencia en la constitución del grupo social: la producción de una exclusión. Es preciso que haya Otro -identificado con el mal- que sea segregado y así se instaura el núcleo real que le da consistencia al grupo. Esta segregación es efecto de la fascinación insoportable que ejerce el goce supuesto al

²² S. Freud: *Psicología de las masas y análisis del yo*. Op. Cit., p. 90.

²³ J. Lacan: *Le Séminaire. Livre XVII. Lénvers de la psychanalyse*. Seuil, Paris, 1991, p. 132.

²⁴ S. Freud: *Psicología de las masas y análisis del yo*. Op. Cit., p. 95.

Otro, Otro míticamente encarnado en Freud por el padre primordial que debe quedar finalmente segregado del clan de los hijos para constituirse como el núcleo real que le da consistencia.

Excluido del campo de lo simbólico, este goce del padre se confunde con el mal, ante el cual la única alternativa que tiene la comunidad para ejercer cierto dominio sobre él es hacerlo factor de unión entre sus miembros. El goce que aglutina a todos es eso de lo que “no se habla” pero está presente en la complicidad que establecen para efectuar la segregación violenta de los sujetos a quienes, paradójicamente, se les atribuye el goce del cual no se quiere saber pero que se realiza en ese acto de exclusión. Dice Freud:

“El carácter ominoso y compulsivo de la formación de masa, que sale a la luz en sus fenómenos sugestivos puede reconducirse entonces con todo derecho hasta la horda primordial. El conductor de la masa sigue siendo el temido padre primordial; la masa quiere siempre ser gobernada por un poder irrestricto, tiene un ansia extrema de autoridad: según la expresión de Le Bon, sed de sometimiento”²⁵.

Sed de sometimiento al imperativo de goce que se ejerce desde el lugar del padre primordial: el líder no encarna solamente el ideal del yo compartido, está también en ese lugar de goce que excluye a todos y que, por esto mismo, es excluido. En esta última vertiente, este goce puede ser atribuido también al Otro a ser excluido.

La reflexión de Freud tiene una gran actualidad en esta época, época llamada de la globalización en la que predomina un discurso en el que muchas líneas divisorias desaparecen: se producen interdependencias, uniones, alianzas; se establece que hay igualdad o que debe existir, se afirma que los derechos, leyes, libertades, han alcanzado grandes avances y rigen ideales de igualdad y fraternidad. Junto a esto, paradójicamente, se hace más visible una particular violencia, un profundo odio que se expresa en fenómenos de exclusión, apartamiento, discriminación, aislamiento y menosprecio al otro. Crece así el rechazo a los diferentes, ajenos, extranjeros; rechazo que va desde las expresiones denigrantes hasta la persecución, la construcción de muros, la promulgación de penas de cárcel, destierro y muerte.

Estos fenómenos van ligados con las diferencias étnicas, raciales, políticas o las derivadas de habitar diferentes territorios. También con el rechazo a diferencias de género, de prácticas sexuales, de creencias; con las migraciones y la exclusión que generan y con las inhabilitaciones y penalizaciones a diferentes. No hay en esta época -al menos teóricamente- campos de concentración, pero cada día hay más campos de refugiados y de grupos de desplazados e inmigrantes en las fronteras y las costas. Las migraciones son un fenómeno universal, pese a las grandes dificultades y riesgos que implican para los sujetos: ser devueltos, extorsionados, secuestrados, reclutados a la fuerza a grupos delictivos, encarcelados, separados de las familias y hasta cazados como animales y asesinados. Hay también muchas formas de segregación íntimas, privadas, personales e intangibles que incluyen fenómenos de maltrato, abuso sexual y asesinato, especialmente de mujeres y niños. La ubicación del otro como algo detestable y la permanente presencia de agresividad en las relaciones son fenómenos de nuestra cotidianidad. Pero también muchos dispositivos sociales cumplen una función de clasificar, excluir, segregar al otro.

¿Por qué esta exclusión, eliminación, destrucción de otros por su condición de diferentes, ajenos, extranjeros? ¿Cómo es posible explicar el grado que puede alcanzar el sentimiento de desprecio y odio por otros? Hay que partir de recordar que *segregación* proviene del latín *se*, aparte, y *greg*, a su vez de *greg*, rebaño, hato, grey; etimológicamente significa entonces “apartar del rebaño”. El término se utiliza en diversos campos: en fisiología se refiere a la acción por medio de la cual ciertos órganos, como las glándulas, expulsan sustancias, como el sudor por ejemplo; en química describe la separación de los componentes heterogéneos de una alea-

²⁵ S. Freud: *Psicología de las masas y análisis del yo*. Op. Cit., p. 121.

ción durante el proceso de enfriamiento; en el ámbito social alude a la acción de expulsar, separar, desarticular, distanciar, excluir, apartar al otro que generalmente es minoría o diferente. La segregación se expresa aquí como un sentimiento de desprecio y odio por otros, sentimiento de no aceptar, no tolerar e incluso tener el impulso de destruir a otros porque son diferentes, extraños o extranjeros. Es un fenómeno que reaparece permanentemente en el seno de las culturas y de las relaciones, como algo propio del ser humano.

Se ha señalado que Freud se refiere a ella cuando describe la constitución del yo, que implica la expulsión de lo que siente como ajeno, displacentero. Este va a acoger en su interior los objetos que se viven como fuente de placer y expulsar lo que se asocia con el displacer. Así, al comienzo el yo se identifica con lo placentero a la vez que vive el no-yo, el afuera, como displacentero. Esto es la causa de un sentimiento hostil, de repulsión, hacia lo que genera displacer, equiparado en un principio con lo externo. Melanie Klein, por su parte, formula la existencia de lo que llama “posición esquizoparanoide” en el comienzo de la vida, caracterizada por el hecho de que el niño no tolera lo malo, lo negativo propio que se deriva del instinto de muerte y lo coloca afuera, en los objetos externos que serán rechazados, repudiados e incluso destruidos, razón por la que se tornan persecutorios para él.

La segregación da lugar a lazo social, impensable sin ella, por el rechazo, asociado a un sentimiento hostil, contra lo externo que se identifica con la expulsión de lo propio *malo*, inadmisibles. Este rechazo del Otro y lo Otro es la base del sentimiento de fraternidad que se refuerza por la identificación que se produce entre los sujetos al compartir un ideal del yo común. El evento mítico que da origen a la fraternidad es el paso de la horda a la comunidad de hermanos como consecuencia del asesinato del padre y su incorporación por el banquete totémico. Sin embargo, nuestro empeño como sujetos por ser todos hermanos, por amarnos unos a otros, respetarnos, sentirnos unidos, no matarnos, pone en evidencia que en el inicio esta intención no existe y que no se lo logra fácilmente. La identificación pone en evidencia que no es Eros quien predomina al comienzo sino que hay desunión, separación, reinado de la pulsión de muerte:

“Cada vez que Freud se detiene, como horrorizado, ante la consecuencia del mandato del amor al prójimo, lo que surge es la presencia de esa maldad esencial que habita en este prójimo. Pero entonces ella habita también en mí mismo. ¿Y qué es lo que me es más prójimo que este corazón en mí mismo que es el de mi goce, al que no me atrevo a aproximarme? Pues desde que me aproximo a él -este es el sentido del *Malestar en la cultura*- surge esta insondable agresividad ante la cual retrocedo, que retorno contra mí y que viene, en el lugar mismo de la Ley desvanecida, a dar su peso a lo que me impide franquear cierta frontera en el límite de la Cosa”²⁶.

Para Lacan, la segregación de nuestro tiempo depende de las características del capitalismo que se articula con el discurso de la ciencia, cuyo efecto es imponer un modo único de goce para todos, una universalización, una homogeneización que suprime las diferencias. Esto lleva a excluir al otro diferente, particularmente por medio de diagnósticos, procedimientos médicos y de otros dispositivos.

La segregación es efecto de un discurso que pretende un ordenamiento del goce, una exigencia de gozar todos del mismo modo que es intolerante a las diferencias; puede entenderse entonces como odio al goce del Otro. Se trata de imponer un mismo ideal, las mismas prácticas y formas de relación, para lo que se elaboran clasificaciones que estigmatizan al otro: enfermo, portador de un “trastorno”, vago, homosexual, negro, indio. Se odia la manera particular como se imagina el goce del Otro. Más que a la diferencia, el odio se orienta al goce del Otro que, llegado el caso, justifica incluso su aniquilación. En el nazismo por ejemplo, el asesinato de judíos, gitanos, homosexuales, fue una matanza en masa, planificada; no una matanza de pueblos cuyo terri-

²⁶ J. Lacan: *Le Séminaire. Livre VII. L'éthique de la psychanalyse*. Seuil, Paris, 1986, p. 219.

torio se quería ocupar, sino de quienes *eran* judíos, gitanos, etc., determinada por el *ser* del Otro, considerado como no prójimo. Se los aniquiló por *ser* diferentes, aunque compartieran con sus asesinos la misma lengua (algunos eran inclusive maestros de ella). Y *ser* alude al *ser de goce* del Otro: se los asesinó porque se les atribuía una modalidad de goce diferente, y por esto amenazadora. Se buscó su exterminio sin importar a qué grupo social pertenecían, si eran compatriotas o no. La condición misma de su ser era lo que se trataba de destruir.

M. Foucault sostiene que el discurso racista evolucionó desde lo que llama lucha de razas, en el siglo XVII, en los inicios de la ciencia moderna, para convertirse progresivamente en discurso de un poder centralizador. Dio así lugar, paradójicamente, a la aparición de un racismo de estado, a la violencia que una sociedad ejerce sobre una parte de sí misma, contra sus propios integrantes²⁷. Lo universal de la ciencia tiene el efecto de segregar lo particular; pero este particular retorna -a decir de Bataille- como parte maldita, en la violencia que se ejerce sobre el Otro.

El lazo social contiene un elemento de exclusión. Ahora bien, esta exclusión es, paradójicamente, una exclusión “íntima”: es la extrañeza a lo extraño, lo extranjero, ese goce que habita en el núcleo del propio ser y que, eventualmente, el Otro me lo revela sin que pueda admitirlo. Entonces, necesito como sujeto alejarme de mí mismo, de lo intolerable de mí mismo que será colocado afuera, rechazado como ajeno así como ajenos serán los otros. Incluso en la ideología actual, influida por el universalismo propio del discurso de la ciencia, la afirmación de que todos somos iguales, que debemos serlo, hace difícil, paradójicamente, tolerar a los que -por sus modalidades de goce- claramente no lo son. La universalización lleva inevitablemente a la segregación.

Algo en la satisfacción pulsional que es ingobernable, indomable, imposible de asumir por el sujeto, es tratado como algo exterior. Se lo intenta regular, se lo niega, se lo desmiente, pero retorna; produce síntomas e incluso catástrofes subjetivas y colectivas. Es la base de la compulsión de repetición, insistencia de satisfacción repetitiva, incesante, que no se somete a ningún ideal ni se dobliga a ninguna defensa; habita muda en los sujetos pero hace hablar a los cuerpos. El neologismo creado por Lacan, “extimidad” -que indica que lo que está más próximo es lo más interior sin dejar de ser exterior- puede designarlo. Lo éxtimo indica que lo más íntimo está en el exterior, como un cuerpo extraño; es una alteridad absoluta, “eso” que habita a los seres hablantes presentándose como un goce Otro, que en realidad es propio.

Esta *extimidad* es la causa del racismo, entendido como odio al goce supuesto del Otro, que no es más que el odio al propio goce que nos habita y del que nada se quiere saber. El lazo social se establece por la identificación con el significante, pero esta produce un resto ineliminable, parte de uno mismo que no queda absorbida en lo simbólico, el goce que retorna, la parte maldita. Por esto el odio al Otro es finalmente odio a uno mismo.

El goce absoluto es imposible. Pero hay un modo de “recuperación” singular para cada sujeto. No es intercambiable, no se comparte. Puede tener efectos letales pero la cultura admite algunas formas de recuperarlo socialmente admisibles. Freud ofrece el modelo de esto en el chiste:

“Atribuimos a la cultura y a la educación elevada una gran influencia sobre el despliegue de la represión, y suponemos que bajo esas condiciones sobreviene en la organización psíquica una alteración, que hasta puede ser congénita como una disposición heredada, a consecuencia de la cual lo que antes se sentía agradable aparece ahora desagradable y es desautorizado con todas las fuerzas psíquicas. Por obra de este trabajo represivo de la cultura se

²⁷ Cf. M. Foucault: *Genealogía del racismo*. Ed. de La Piqueta, Madrid, 1992.

pierden posibilidades de goce primarias, pero desestimadas ahora en nuestro interior por la censura. Pues bien, la psique del ser humano tolera muy mal cualquier renuncia, y así hallamos que el chiste tendencioso ofrece un medio para deshacer esta, para recuperar lo perdido”²⁸.

La historia de las civilizaciones puede entenderse como modos de dar un tratamiento a esta dimensión del goce, que así como puede estar en la base de reflexiones teológicas y filosóficas, se manifiesta en conflictos bélicos, persecuciones religiosas o políticas y genocidios; también posibilita producciones científicas y artísticas sublimatorias. En cada sujeto se desarrolla un modo singular de tratar este goce que también puede colectivizarse para dar lugar a culturas, subculturas y agrupamientos de todo tipo. Es el componente silencioso del programa de la civilización.

En el mundo actual, junto a la proliferación de objetos de consumo masivo, la globalización, la universalización y homogeneización de los mercados, Lacan señalaba desde los años treinta del siglo XX la declinación del Nombre del Padre, la caída de los significantes amo como ordenadores de la sociedad, que son progresivamente sustituidos por modos de goce. Define esto como “el ascenso al cénit social del objeto *a*”²⁹, en su dimensión de *plus de gozar*, que encarna en los objetos de consumo.

El imperativo del plus de gozar se impone sobre los sujetos para convertirlos en consumidores que son a la vez consumidos por el sistema, alienados a ese imperativo. En esta transformación son los cuerpos como sede del goce los que llevan la voz cantante. Se vive la exigencia de cumplir con este imperativo so pena de quedar segregado como resto, excluido del cuerpo social. En 1967 Lacan afirma: “Nuestro porvenir de mercados comunes será balanceado por una extensión cada vez más dura de los procesos de segregación”³⁰. Y siete años después anticipa el retorno del racismo y los fundamentalismos: “En el extravío de nuestro goce, no hay sino el Otro quien lo sitúa, pero es en tanto que estamos separados de él [...] Dejar a este Otro en su modo de goce es lo que no se podría sino imponiéndole el nuestro, no teniéndolo como un subdesarrollado”³¹.

En sus consideraciones sobre la lógica del racismo, Lacan toma en cuenta la variación de las formas del objeto rechazado. El racismo cambia sus objetos a medida que las sociedades se modifican, pero en una comunidad humana siempre está presente el rechazo de un goce inasimilable, que puede estar en la raíz de una barbarie posible.

El racismo es el odio al goce supuesto del Otro que el sujeto supone como un goce que le priva del suyo. Sitúa al Otro, el extranjero, expropiador de sus bienes o del Bien Nacional. Por esto no basta definirlo solamente como el rechazo de la diferencia: no se reduce exclusivamente a un problema de identificación simbólica, concierne esencialmente a *eso* que en el discurso no es lenguaje, al goce.

Ante él, el discurso del psicoanálisis sostiene la exigencia de dar lugar a lo singular del sujeto. Contrariamente a la postura de que ésta se absorba en lo universal, el deber ético que establece es el de reintroducir esta singularidad del sujeto deseante abriendo la posibilidad de que pueda sostener un cierto lazo con el Otro, cuyo sustento sea la admisión de lo que hace a éste inasimilable, esto es, su goce.

Ya en 1948 Lacan señalaba que la respuesta que puede formularse desde el psicoanálisis a la agresividad y el odio es la de una “fraternidad discreta por cuyo rasero somos siempre demasiado desiguales”³². *Discreta*,

²⁸ S- Freud: *El chiste y su relación con lo inconsciente*. En *Obras completas*. Tomo VIII. Amorrortu, Buenos Aires, 1979, p. 95.

²⁹ J. Lacan: *Radiophonie*. En J. Lacan: *Autres Écrits*. Seuil, Paris, 2001, p. 414.

³⁰ J. Lacan. *Proposition du 9 octobre 1967 sur le psychanalyste de l'École*. En J. Lacan: *Autres Écrits*. Op. Cit., p. 257.

³¹ J. Lacan: *Televisión*. Seuil, Paris, 1974, p. 53.

³² J. Lacan: *La agresividad en psicoanálisis*. En *Escritos 1*. Siglo XXI, México, 1995, p. 116.

etimológicamente proviene de *discretus*, “separado”. Aplicado este adjetivo a la fraternidad, alude a que hay algo en común con los otros a la vez que algo que separa irremediablemente. Es preciso entonces asumir las dificultades del ser hablante sin soñar con una nueva utopía comunitaria. Esto es lo opuesto a la constitución de las masas descrita por Freud, lo contrario de la identificación con el grupo que establece una fraternidad *continua* que se sostiene en el lazo con el líder y conduce a la agudización del rechazo y la segregación. La perspectiva abierta por *Psicología de las masas* es la de plantearse una comunidad con los otros basada en el saber sobre el malestar inevitable del ser hablante.

BIBLIOGRAFÍA

- S. Freud: Psicología de las masas y análisis del yo. En Obras completas, Tomo XVIII. Amorrortu, Buenos Aires, 1978.
- S. Freud: El tabú de la virginidad (Contribuciones a la psicología del amor, III). En Obras completas, Tomo XI. Amorrortu, Buenos Aires, 1979.
- S. Freud: Pulsiones y destinos de pulsión. En Trabajos sobre metapsicología¹⁰⁵. Obras Completas, Tomo XIV. Amorrortu, Buenos Aires.
- Freud: El chiste y su relación con lo inconsciente. En Obras completas. Tomo VIII. Amorrortu, Buenos Aires, 1979.
- M. Foucault: Genealogía del racismo. Ed. de La Piqueta, Madrid, 1992
- J. Lacan: Le Séminaire. Livre XVII. Lénvers de la psychanalyse. Seuil, Paris, 1991.
- J. Lacan: R.S.I. (1974-1975). Seminario inédito.
- J. Lacan: Le Séminaire. Livre VII. L'étiqne de la psychanalyse. Seuil, Paris, 1986.
- J. Lacan: Radiophonie. En J. Lacan: Autres Écrits. Seuil, Paris, 2001.
- J. Lacan. Proposition du 9 octobre 1967 sur le psychanalyste de l'École. En J. Lacan: Autres Écrits.
- J. Lacan: Television. Seuil, Paris, 1974.
- J. Lacan: La agresividad en psicoanálisis. En Escritos 1. Siglo XXI, México, 1995.